

La última cena

By Fabián Balmori

Mis ofensas empiezan temprano en la mañana en el desayuno como Eva en el paraíso pensando en lo que tengo que decirte esta noche durante la cena y mientras observo tu olor sepia ella aparece y siento cercano su etéreo aroma a vainilla. Siempre para mí fuiste un melón medieval y aunque uno no nace con gusto dicen que es posible desarrollarlo y llegar a apreciar el placer de los higos y el cariño por las ostras en verano. A veces sueño con panes humedecidos en vino, quesos y frutas, mientras converso con ella en un idioma lejano, y otras, con la intimidad aristocrática de Boucher mientras compartimos juntas un chocolate caliente.

Te vas al trabajo oliendo a vinagre y me quedo sola. Son apenas las ocho de la mañana y pienso de una vez en el almuerzo para impedir que tus ojos me miren desde el abismo, tus manos delicadas sobre mis muslos con suficiente presión para no ahogarme en medio de la tormenta. En la cocina los utensilios alquímicos activan mi memoria de generaciones atrás y pienso en todo lo que tuvo que soportar mi madre al heredar el mismo cuchillo de su madre, porque poco han cambiado nuestras armas a lo largo del tiempo, y entre el fuego y las sartenes comienza el cambio espiritual, y siento la fuerza inexplicable del destino dentro de mi propia meditación, y estoy como un limón, y tú como una manzana que busca penetrarme, mientras me lavo las manos una y otra vez sin parar. Recuerdo haber escuchado una historia sobre monstruos y gigantes que alguien te contó en una carta donde se engulle todo lo que es humanamente posible y el almuerzo es un espejo de nuestro presente mientras que la cena invita al cierre de una etapa de la vida. Me siento como un zapato a punto de ser devorado por Chaplin. Hemos ido avanzando entre rituales sin siquiera pensar en como los fuimos adoptando y ahora en medio del camino percibo que me asfixias con tu presencia y veo como se oscurece el mar sin oleaje. Comí alcachofas en silencio como si fuese un objeto más de un bodegón sin armonía.

Te serví la cena, tapas con pan y vino y te dije que llevaba meses traicionándote. Como verás esto no es una comedia romántica. Tú seguiste comiendo, haciendo ruido mientras tragabas con la boca llena, como si estuvieras viendo un *reality show* donde al final con apagar la tele borrarías todas mis palabras. Eres más previsible que un mal poema publicado póstumamente. Al fondo escuchaba *L'Italiana in Algeri* de Rossini. Me preguntas si hay café y pienso en nuestro último encuentro en un lejano y pequeño local del centro atiborrado de mesas y sillas donde sentía tu aliento de menta en mis párpados. Tomábamos un café arábico en sustitución de vino como si fuéramos musulmanes e intuía en tus ojos la necesidad del entendimiento divino y espiritual. Estábamos allí ambas sumergidas en la taza como preparando una insurrección, enfocadas, estimuladas, hacíamos planes de viajes a Suramérica. Tú querías ir a la playa de Ipanema como en la canción de Jobin y ponerte un bikini dental. Yo soñaba con irnos a una isla lejana y te conté como los holandeses habían robado granos de café de los árabes para luego sembrarlos en el seno de Java en Indonesia. No sabías donde estaba Indonesia, nadie en esta ciudad sabe dónde está Indonesia, y menos les importa otra historia que no sea la suya. Después de la cena fui a tu casa con chocolates para seducirte y derretirte el corazón entre bocados.